Pensamientos desaliñados

aforismos, paradojas y reflexiones

Mijaíl Málishev*

Un buen aforismo es aquel que es capaz de provocarnos el deseo de convertirlo en epitafio en nuestra tumba o en epígrafe de nuestro texto. También puede servirnos como pretexto para brillar en una conversación amistosa o en una tertulia docta. Por supuesto, no cada aforismo expresa cosas nuevas, pero, por lo menos, las dice como nadie las había dicho antes. Como una "pirueta del pensar" algunos dichos invitan a sonreír y los mejores, quizá, son aquellos que provocan dos cosas a la vez: reflexión y sonrisa. Es difícil decir qué es lo que prevalece en este género: ¿las observaciones ingeniosas sobre una realidad, los matices finos del pensar o los ejercicios insólitos en el gracejo? Como quiera que sea, en la aforística, la prioridad se le otorga a la paradoja y a la ironía que revisten el pensamiento en un granito de frases lacónicas, unen la elegancia con la agudeza del espíritu y, lo más importante, nos liberan de la inercia del estereotipo.

Mijaíl Málishev

Historia y azar

La historia siempre tiene razón en el mismo sentido en que el hombre siempre en su imaginación puede corregir sus errores *post factum*.

El hombre es el único animal cuya esencia no coincide con la existencia. Y en esta divergencia consiste su esperanza en un futuro mejor.

Cómo quisiéramos que la historia fuera justiciera y que nos dé a cada cual según nuestros 'méritos': el desprecio al astuto, la burla al presumido y el olvido al jactancioso.

Durante algunos años, nuestra vida es una serie de aventuras, y durante otros un historial de malestares.

Al acostumbrarse a lo 'mejor', el ser humano con dificultad está dispuesto a soportar lo 'peor'. Esta paradoja puede explicar la causa de la derrota de los pueblos 'avanzados' por sus vecinos menos desarrollados, pero más acostumbrados a las carencias.

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Teléfono: (722) 2 13 14 07.

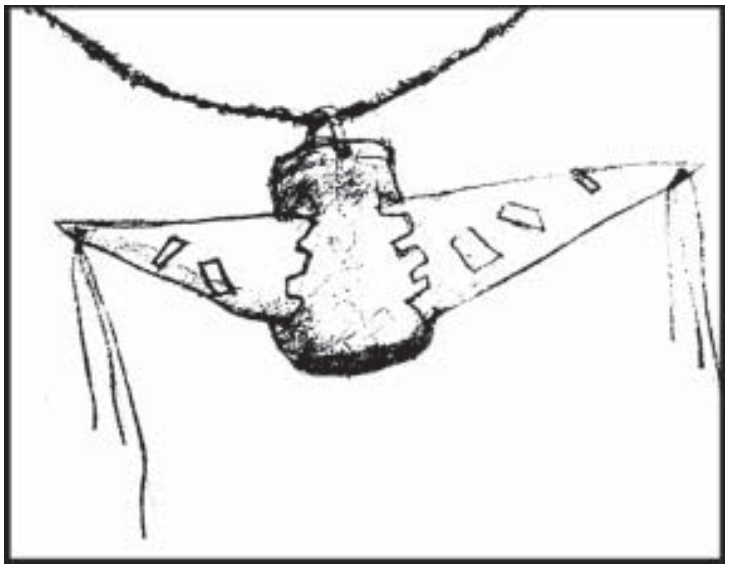
CIENCIA ergo sum, Vol. 13-2, julio-octubre 2006. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México. Pp. 236-238.

Muchos abandonan este mundo con la plena conciencia, pero sólo algunos saben 'organizar' la agonía y regalarles a los sobrevivientes sus últimas palabras.

Cómo pasa el tiempo: nuestros coetáneos ya son calvos y canosos y nuestras coetáneas están a dieta y en menopausia.

No podríamos construir una casa, escribir un libro o casarnos, si pensáramos en el corto destino de nuestra empresa. Si yo supiera que la casa que hoy estoy construyendo, mañana será destruida por un sismo; o si el tiraje del libro que escribo se quemará por completo en las llamas de un incendio; o si el matrimonio que sueño contraer no durará ni una semana, entonces, simplemente, no tendría ni siquiera que empezar a hacer ninguna de estas empresas. El hombre hace cosas finitas en el marco de una durabilidad indeterminada (*sub specie aeternitatis*, como diría Spinoza). Si pensara que lo que hoy hace (sobre todo, lo que para él tiene gran importancia) pronto dejará de tener algún sentido, este pensamiento sería tan insoportable como lo es la idea de imaginar su muerte en pleno auge de sus fuerzas físicas y capacidades intelectuales.

Todos estamos de acuerdo que la historia es lo que sucedió en el pasado, aunque nadie está seguro que sea real lo que se ha escrito de ese pasado.



En un sorteo, el boleto ganador es uno entre millones. La probabilidad de nacer es mucho menor, quizás una entre millones de millones y, sin embargo, a veces pensamos que hubiera sido mejor no haber nacido.

Quien considera que el sentido de la vida está en la misma vida, no vive, subsiste.

La historia parece repetirse y no sólo porque sus agentes no aprendieron los errores de sus antepasados, sino porque éstos consideraron inconveniente reconocer sus equívocos.

La historia se ve obligada a repetirse, porque nadie quiere escuchar lo que no hay que hacer; y lo que debiéramos hacer la historia no nos lo enseña.

La historia nos enseña poco, ya que las lecciones que nos da el pasado, son diferentes a las tareas que nos impone el futuro.

En cada partido de fútbol se calcula el tiempo efectivo de juego. Si pudiésemos calcular el coeficiente del tiempo productivo de cada ser humano, nos impresionaríamos por sus bajos resultados

Quien se preocupa sobre su futuro radiante, prepara la biografía de su pasado glorioso.

Al pasar los años, empezamos a reconocer con ternura nuestras ilusiones y hasta nos enorgullecemos de ellas.

En la idea de la 'marcha férrea' de la historia hay un sabor amargo de cinismo.

Al hombre le parece que la vida le promete algo y que él está destinado a cumplir una misión, pero qué es lo que le promete y qué tarea hay que cumplir no lo sabe y por eso siempre espera.

Pensamientos desaliñados

Así nacen los 'héroes' desilusionados del aburrimiento.

Ningún historiador puede suprimir el profeta interior que desde el pasado predice el futuro que quedó ya en el pasado.

Experimentar la desdicha sería más difícil, si nos prohibiesen referirnos a las peripecias del azar.

La utopía es como una gran olla colectiva donde se cuecen los sueños que alimentan las esperanzas de aquellos que aspiran a un futuro mejor.

La transmutación de los valores del pasado es un presagio que indica cambios radicales en un futuro no muy lejano.

Muchos pensadores del pasado soñaron en llevar el barco de la historia a las "islas felices" de la utopía. Estos intentos fracasaron. Ahora este barco navega en el océano del tiempo sin timón, y nadie, como antes, sabe adonde se dirige la humanidad.

Podríamos empezar a vivir de nuevo, si nos permitiesen conservar en esa 'nueva vida' la experiencia de los viejos errores.

Algunos sueñan en llegar a una edad avanzada, pues, no sin razón piensan que abandonar la vida en la vejez significa liberarse de muchas preocupaciones y perder pocos placeres.

El azar puede explicar lo sucedido, pero no es capaz de justificar lo absurdo de lo acontecido.

Como cualquier déspota, el azar causa daño a la mayoría, pero de vez en cuando arroja las gracias a algunos de sus favoritos.

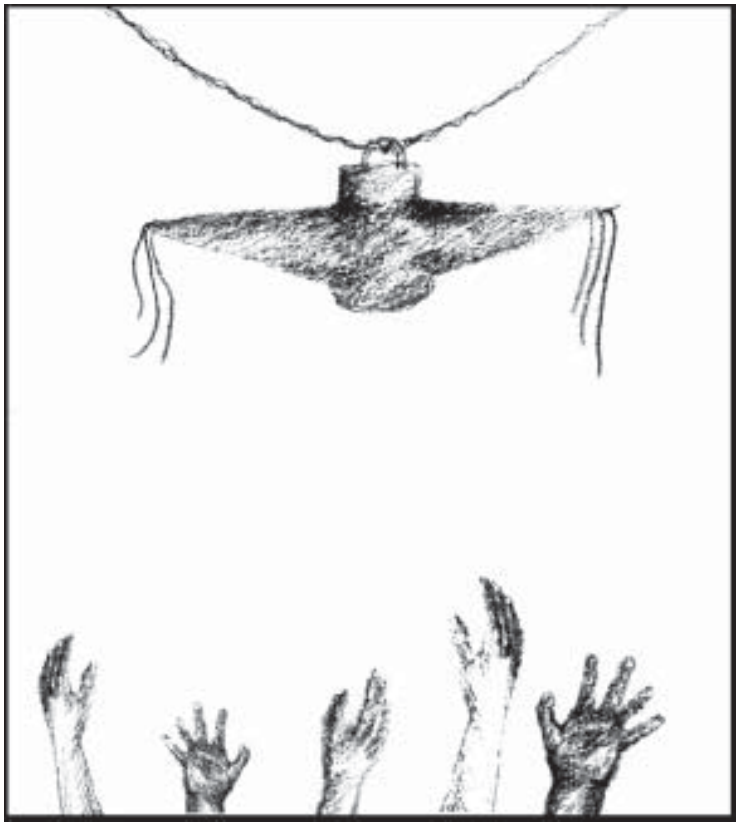
Nuestros deseos y objetivos nos distraen del 'aquí' y del 'ahora' y nos obligan a inclinarnos en lo que se encuentra 'allá' y lo que nos espera 'entonces'.

En el arte de vivir todos somos diletantes; la vida es demasiado corta para convertimos en profesionales.

La vida se transforma en aventura cuando el hoy pierde semejanza con el ayer y el mañana llega a ser impredecible.

Por la ironía de la suerte, la vida nos regala el objeto deseado cuando ya no podemos disfrutarlo o cuando aprendimos a vivir sin él.

El esfuerzo más la paciencia son premisas del éxito, siempre y cuando el azar esté aburrido de recurrir a sus artimañas.

Solemos no quejarnos que nuestros padres nos 'arrojaron' a este mundo, pero a veces nos quejamos de la época que nos tocó vivir.

Desde nuestro tiempo vemos que los objetivos e intenciones de los agentes históricos no correspondieron a los resultados alcanzados. Ellos, como nosotros ahora, abrigaron demasiadas esperanzas en *su* futuro.